

Consideraciones sobre la Cultura de Occidente

Mario MUNERA ARANGO

Hace ya algún tiempo que el doctor Luis López de Mesa disertó sobre la agonía de la cultura de Occidente y sobre el presentimiento de una nueva cultura universal. Al terminar su docta conferencia el citado expositor la entregó a la consideración de los colombianos. No se nos oculta la dificultad que ofrece un tema de esta envergadura, pero, como estimamos que la juventud de Colombia no debe permanecer indiferente ante un problema tan inquietante como éste, nos atrevemos a expresar nuestra opinión modesta, siguiendo más o menos el derrotero que el profesor López de Mesa traza en su sapiente disertación.

La Religión es considerada por algunos como un producto superior de la invención humana, como una alta meta a que ha llegado el hombre a través de su evolución ideológica. En tal sentido es colocada al lado del Arte, de la Ciencia y de las otras manifestaciones o ramas de la Cultura. Nosotros debemos situarnos en un campo diametralmente opuesto: no nos parece que la Religión sea una meta sino un punto de partida; es la fase inicial de la actividad cultural humana.

El problema de su destino es el más trascendental de los que acongojan el ánimo del hombre, quien, antes que cualquiera otro interrogante, se pregunta qué es, de dónde viene, hacia dónde va. Ser o no ser, hé aquí el dilema que torturaba al Príncipe Hamlet y que preocupa a los hombres de todos los tiempos, de todos los lugares y dentro de todas las culturas.

Con desesperación contemplamos la fugacidad de la vida. La muerte, ese fenómeno que observamos todos los días, limita nuestra perspectiva y abre ante nosotros las puertas de un misterio impenetrable. Pascal ha reflejado esta angustia suprema en sus "Pensamien-

tos". Dice así: "Yo no sé quién me ha puesto en el mundo, ni qué es el mundo, ni qué yo mismo, estoy en una ignorancia terrible de todas las cosas; no sé lo que es mi cuerpo, lo que son mis sentidos, mi alma, y esta parte misma de mí que piensa lo que digo, que reflexiona sobre todo y sobre sí misma, y no se conoce más que al resto. Veo estos terribles espacios del universo que me encierran, y me encuentro unido a un rincón de esta vastedad sin saber por qué estoy colocado en este lugar y no en otro, ni por qué este poco de tiempo que se me ha dado para vivir se me ha asignado en este punto y no en otro de toda la eternidad que me ha precedido y de toda la que me sigue. No veo por todas partes sino infinitudes, que me encierran como un átomo y como una sombra que no dura sino un instante sin retorno. Todo lo que conozco es que debo morir pronto, pero lo que más ignoro es esta muerte que no podré evitar".

Hablando de los pueblos arios de Oriente y de Occidente, dice Fustel de Coulanges:

"La Religión de los muertos, parece ser la más antigua que haya existido entre estas razas de hombres. Antes de concebir y de adorar a Indra o a Zeus, el hombre adoró a los muertos; tuvo miedo de ellos y les dirigió sus preces. Por ahí parece que ha comenzado el sentimiento religioso. Quizá en presencia de la muerte ha sentido el hombre por primera vez la idea de lo sobrenatural y ha querido esperar más allá de lo que veía. La muerte fue el primer misterio, y puso a los hombres en el camino de los demás misterios. Ella elevó su pensamiento de lo visible a lo invisible, de lo transitorio a lo eterno, de lo humano a lo divino".

El hombre encontró en la religión la solución al problema de su existencia. Ahora bien, tal problema no admite sino dos respuestas posibles: o es eterno o, por el contrario, es un mero fantasma que marcha de la nada a la nada, está hecho, como lo expresó el trágico sublime "de la misma madera de los sueños". Toda la actividad del hombre gira en torno de la actitud que asuma ante este misterio, de su preferencia entre las dos soluciones posibles. Porque si acepta que su existencia es fugaz, que su vida se disipará como el humo, bien sea para regresar a la nada de donde salió o para perderse de nuevo en el todo, o buscará cuerdamente el máximo de placer con un mínimo de sufrimiento, o, estimando que su afán es inútil y que su ambición carece de sentido, perseguirá la tranquilidad, la quietud completa.

De este modo la Religión llega a dominar completamente el espíritu del hombre; ella sujeta su voluntad, determina su conducta y encauza su actividad. Por esto decimos que es el núcleo de todas las culturas.

Le Religión de Cristo, centro de irradiación de la cultura de Occidente, afirmó la inmortalidad del alma humana y el dogma de la eternidad. Esto condujo a que se interpretara la fugaz vida del hombre en función de una futura vida eterna, que el sentido de la primera quedara condicionado necesariamente por el de la segun-

da. Esta Religión erigió en dogma el hecho histórico de la resurrección de Cristo, que asegura la resurrección de todos los hombres. Pablo de Tarso, consciente de la trascendencia de este dogma, exclama en su carta a los habitantes de Corinto: "Si se predica que Cristo resucitó a los muertos, cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó, y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vuestra fe es vana. . . . Entonces los que durmieron en Cristo se pierden. Si en esta vida sólo esperamos en Cristo, somos los más miserables de los hombres".

En realidad es esta la única solución al magno problema del destino humano que satisface y sosiega el ánimo del hombre. Si se nos dice que somos "manifestaciones" o "expresiones" de un mundo en trance teogónico es como si se nos dijera que somos meros fantasmas, que somos sueños, que somos nada. Queremos eternidad, lo que nos interesa es que nuestro "yo" individual sobreviva. Qué nos importa Dios si no hemos de existir nosotros? En uno de los más bellos capítulos de su libro sobre el "Sentimiento trágico de la Vida" afirma don Miguel de Unamuno: "No es anegarme en el gran Todo, en la Materia o en la Fuerza infinitas y eternas o en Dios lo que anhelo; no ser poseído por Dios, sino poseerle, hacerme yo Dios sin dejar de ser el yo que ahora os digo esto. No nos sirven engañosas de monismo; queremos bulto y no sombra de inmortalidad".

Tan consoladora es la creencia en la inmortalidad del alma humana y en la eternidad que el hombre no renuncia a ella aunque abandone el cristianismo. Robespierre hizo declarar a la Convención la verdad de este dogma y Federico Nietzsche, para satisfacer en algo su anhelo de eternidad, ideó el eterno retorno, pues no pudo contentarse con la nada.

Y no se crea que este anhelo es producto de la sensibilidad creada por las normas de la cultura occidental, en realidad es mucho más profundo como que nace de la entraña misma de la especie humana. Dentro de otras culturas el hombre no quiso desprenderse de su "yo" y soñó con la metempsicosis. Unamuno observa que el hombre "es un animal guardamuertos", y, en verdad, qué objeto persigue al conservar los cadáveres de sus semejantes en sepulcros si no es el de preservarlos con miras a la eternidad?

Si hemos insistido sobre el hambre de inmortalidad es para hacer resaltar que para que una cultura pueda satisfacer las exigencias de la naturaleza humana debe tener por fundamento una verdad que satisfaga este insaciable anhelo. Para que el ánimo del hombre se tranquilice, para que pueda construir un edificio cultural, debe partir de esta afirmación consoladora. No se crea que después de veinte siglos de cristianismo, durante los cuales el hombre ha descansado sobre ella, pueda abandonar esta creencia y apoyarse sobre otro fundamento que no satisface sus aspiraciones irrenunciables.

El Cristianismo introdujo la Caridad, única virtud capaz de

regular la conducta humana. Puede decirse que el egoísmo es la tendencia fundamental de la humana naturaleza. La filantropía es una palabra vana, el hombre no es amigo del hombre sino su enemigo. Ya lo dijo el cómico latino: homo homini lupus. Pero la caridad canalizó los sentimientos humanos hacia el amor a Dios y dejó satisfechas las exigencias del egoísmo. Merced a ella el hombre hace el bien a sus semejantes por amor al Sér Supremo y con miras a la propia felicidad que Este le garantiza.

La Religión de Cristo apareció cuando se iniciaba la decadencia del Imperio Romano pero tuvo tiempo de conservar las fundamentales instituciones de la cultura greco-latina. A ellas comunicó su espíritu e infundió vida nueva. La cultura de Occidente, llamémosla en adelante cultura cristiana, llega a su apogeo en el siglo XIII de nuestra era, luégo de incorporar a su organismo la energía de los pueblos bárbaros. Pero, de aquí en adelante comienza el espíritu humano a emanciparse de su tutela y esta separación se acentúa más y más con el transcurso del tiempo. En el Siglo XVI se produce el colapso fatal de la Reforma, la unidad de Occidente se derrumba. La Religión de Cristo no es ya la directora de la cultura europea.

El abandono de la Cultura Cristiana no se debió a debilidad o a ineficacia de sus normas sino a otros fenómenos de complicada urdimbre, entre los que descuellan el crecimiento de las nacionalidades que se formaron a su amparo y el predominio de la fase material de civilización sobre los resortes espirituales.

Así, vemos que los grandes descubrimientos en que fue fecunda aquella época, como entrañaban rectificaciones parciales a lo que antes se tenía por cierto, hicieron creer, por medio de un proceso de generalización simplista, que ya todo el sistema cultural no se avenía con ellos y se relajó por lo tanto la confianza en los principales cristianos.

El organismo de la Iglesia, como lo anota Hilaire Belloc, también adolecía entonces de cierta decrepitud, pedía una renovación, pero las fuerzas sociales en lugar de canalizarse para obtener el rejuvenecimiento necesario, se disociaron con funestas consecuencias.

A pesar de haberse producido este alejamiento por parte del espíritu humano de los principios que antes lo nutrían, la Cultura que tiene su fuente en esas normas continúa avanzando merced al impulso que el Cristianismo le comunicara. Es la era de los grandes descubrimientos geográficos; el Renacimiento surge maravillosamente como efecto de la cultura cristiana. Es éste un hecho reconocido por el historiador Carlyle, cuando afirma que "en cierto sentido se puede decir que la gloriosa Era Isabelina con su Shakespeare como resultado y florecimiento de todo lo que le había precedido puede, a su vez, atribuirse al Catolicismo de la Edad Media. La Fe Cristiana, que fue el tema del Canto del Dante, ha producido esa vida práctica que Shakespeare había de cantar. Porque la Religión entonces, como lo es ahora, y como lo será siempre, fue el alma de

la práctica; el primordial hecho vital en la vida de los hombres”.

El hombre sigue avanzando indefinidamente en el terreno científico como consecuencia del impulso que le comunicara la cultura cristiana pero ya desvinculado de esa fuente. Por este motivo se convierten en victorias pírricas sus triunfos sobre la materia. Los grandes descubrimientos de la ciencia le otorgan un mayor dominio sobre los elementos de la Naturaleza; sin embargo no puede aprovechar ese dominio, carente ya de una fuerza espiritual que lo conduzca.

Finalmente se produce la crisis que tiene como síntomas la atomización de los conocimientos humanos, la mecanización contemporánea, la ausencia de normas capaces de sujetar a los individuos y a las naciones en sus relaciones mutuas, los conflictos sociales y económicos de nuestro tiempo y, en fin, la decadencia en todos los órdenes de la actividad humana.

Que todos estos desastres son consecuencias del fatal divorcio entre la conducta humana y las normas que la encauzaban antes, es una verdad que puede descubrirse con sólo contemplar la historia universal de las últimas centurias.

Uno de los hechos que mayores males ha ocasionado a la humanidad en los últimos tiempos ha sido la idolatría de la diosa Razón. La erección de este ídolo en Nuestra Señora de París durante la Revolución Francesa no es un mero símbolo; ella existió realmente en el ánimo de los hombres. La Razón fue constituida como base de todo conocimiento. Contra el Racionalismo ha reaccionado fuerte y brutalmente la humanidad exaltando los impulsos instintivos. Desde el oscuro misticismo de Jacobo Bohme y de Jorge Hamman el pensamiento alemán ha querido regresar a la barbarie. “¿Dónde están los bárbaros del Siglo XX?” exclamó Federico Nietzsche y Moeller van den Bruck se expresa en la siguiente forma: “La razón convirtió al hombre pensador en calculador; corrompió a Europa. La guerra mundial fue el naufragio de la edad de la razón. En el curso de esta contienda veremos que época tan breve ha sido esa Edad de la razón, cuán circunscrita, insignificante y débil su obra, cuán efímera su herencia”. El rudo quijotismo de don Miguel de Unamuno es una requisitoria en contra de la Razón y en Francia muchos pensadores se han proclamado contra ella, desde José de Maistre hasta Bergson quien hace bajar de su altar a la soberbia diosa y le asigna un puesto no superior al del instinto.

Uno de estos males es la disociación de los conocimientos humanos. Cada disciplina particular se encerró en su esfera y se negó rotundamente a enterarse de lo que pasaba en la esfera de las demás. La unidad del conocimiento quedó rota por completo. El Derecho, por ejemplo, no quiso saber nada de la filosofía ni de la moral, se creyó suficiente para resolver todos los problemas que cayeran dentro de su órbita. Pero la más engreída, sin duda, fue la Ciencia quien, apoyada en la pretendida infabilidad de la Razón, se emancipó completamente. En su campo propio o sea sobre la materia, obtuvo éxitos

innegables, pero entonces, ensoberbecida por ellos, creyó poder explicar todos los problemas; extendió las leyes que había descubierto para la materia bruta a los dominios de la vida y, con ligereza inaudita, por un proceso de generalización demasiado simple, pretendió haber obtenido una síntesis definitiva. Sin embargo no observó que entre la materia y la vida hay un abismo que aun no ha sido llenado y que, por lo tanto, estaba levantando castillos en el aire.

En los últimos tiempos ha extremado el análisis, pero cuando cree poder desentrañar el misterio de la vida, ésta se le escapa por entre las mallas que le ha tendido. La acción disociadora de la razón ha elevado a la Ciencia moderna a un grado de especialización extremada que va haciendo a la inteligencia humana impotente de abarcar las ramas infinitas del conocimiento.

Aun se pretendió que la filosofía debía aceptar "sin beneficio de inventario" los descubrimientos de la Ciencia pero, como lo comprobó Bergson, los datos que esta suministran llevan una solución implícita, acomodada a su peculiar modo de ser. Al filósofo sólo le queda traducir en términos metafísicos las arbitrarias decisiones de la Ciencia, aun sobre cosas que no son de la incumbencia de ésta, lo que ha producido sistemas que se distinguen por su total incomprensión de la realidad.

La Cultura Occidental en su fase artística logró creaciones admirables: productos suyos son el Arte Bizantino y el Gótico. La música se formó y llegó a su apogeo bajo su tutela, la época del Renacimiento se distinguió por un florecimiento artístico no conocido antes en la Historia. En el campo literario la Novela reemplazó al antiguo género de la época. Pero actualmente el Arte, como manifestación que es de la sensibilidad colectiva, traduce el desequilibrio morbo que padece la especie humana.

Sin embargo, algunos beneficios ha producido la actual crisis dentro de este terreno: nuevas formas de expresión estética han enriquecido el patrimonio del Arte; se han obtenido progresos admirables en determinados géneros gracias a la quiebra de ciertos cánones, tenidos antes por infalibles y que estorbaban el trabajo del artista. Se ha llegado también a obtener una más clara noción de la poesía.

La Ciencia moderna produjo el cinematógrafo y con ello puso al servicio del hombre una nueva forma de creación estética. Desde luego que el arte cinematográfico, cuya verdadera forma de expresión es la imagen en movimiento, apenas está en formación, aún no se ha encontrado a sí mismo. Varios obstáculos han surgido en su camino: en la actualidad es una industria organizada con miras al lucro y al negocio; dispone de una técnica demasiado complicada y difícil de dominar; trabaja con la fotografía, elemento que, por copiar fielmente la Naturaleza, destruye el libre vuelo de la fantasía creadora. Además es un arte híbrido, que reúne elementos heterogéneos difíciles de combinar, tales como imagen y música, diálogo, paisaje y movimiento. El cinematógrafo hasta ahora ha sido un va-

mente. Sin embargo algunos aciertos obtenidos revelan su valor extraordinario como arte del futuro y le auguran un porvenir lleno de promesas.

La ausencia de normas capaces de sujetar a los individuos y a las naciones en sus relaciones mutuas es también corolario del abandono de los principios cristianos. Sin duda, es éste el campo donde mayor gravedad presenta la crisis contemporánea.

Cuando la Caridad dejó de ser la virtud reguladora de las relaciones entre los individuos, para reemplazarla fueron escogidas la fraternidad, la igualdad y la libertad. Pero la fraternidad no pudo, como lo hiciera aquélla, dominar el egoísmo de los hombres y fueron ilusorias la igualdad y la libertad. Surgió un trágico contraste entre la paridad de derechos civiles y políticos y la desigualdad de fortunas. El hombre halló en la capitalismo una nueva forma para oprimir a sus semejantes. Mientras las leyes sepultaban la esclavitud, resucitaba ésta con mayor vigor en la práctica. Esta inicua explotación del hombre por el hombre, mediante la reacción que era de esperar, ha engendrado los bárbaros sistemas económico-sociales que conocemos.

En el campo internacional, al derrumbarse el orden medioeval, quiso la política artificialmente reemplazarlo. No buscó otra cosa el sistema del equilibrio, ya puesto en práctica en tiempo de Maquiavelo, y que, después de ocasionar desastres como los inicuos repartimientos de Polonia, fue resucitado por Matternich y usado con algún éxito en la organización de Europa, después de la aventura napoleónica. Pero esta artificiosa política tuvo que luchar con el vigoroso principio de las nacionalidades y fue vencida por él. Este último principio tiene su fuente directa en el abandono del orden católico. Rota la ecumene, el individuo se encerró en el pueblo (volk) o en la Nación y, aún más, quiso perderse dentro del nuevo orden encontrado, y exaltó al Estado. Pronto se vieron las consecuencias que tal nuevo orden acarrea: absorción del individuo por el Estado, en lo interno, y en lo externo lucha perpetua entre los Estados que sólo puede terminar con la supremacía del uno y la subordinación de los otros. Tal es el combate que presenciamos.

Las costumbres internacionales se han venido apartando de los principios morales. La perfidia sutil y el mezquino utilitarismo han conducido la diplomacia de los últimos tiempos; ha sido desechada como cosa del pasado la fidelidad a lo pactado. La voluntad omnímoda de los Estados fue erigida en fuente única del Derecho Internacional y normas morales, v. gr: la no agresión, cuya obligatoriedad emana de principios éticos superiores a la voluntad de las partes, han sido consideradas como materia de convención.

El Derecho se ha distinguido últimamente por un total agnosticismo ético, se saturó de los principios del positivismo, olvidó la equidad. La rama penal se enriqueció considerablemente con los grandes aportes que le hizo la Ciencia. Pero, como en otros cam-sallos del arte teatral; la adquisición del sonido lo perturbó notable-

tituir al Derecho frente al delincuente. Afortunadamente esta fase ya fue superada y la Ciencia criminal ha tenido que conformarse con el lugar que le corresponde.

En resumen, caracterizase esta época por un gran desarrollo de las Ciencias físicas y naturales y por una visible decadencia de las Artes y de las Ciencias del espíritu, las cuales, por depender más estrechamente que aquellas, de la Religión, han sufrido las consecuencias directas del abandono de los principios cristianos. Además, han sido tan rápidos los avances dentro del terreno científico, tan numerosos y trascendentales los descubrimientos de esta índole que el hombre no ha alcanzado a reaccionar frente a ellos ni a rendir la cosecha ideológica y cultural que a ellos corresponde.

Tal es la crisis que presenciamos. Una cruenta guerra universal azota actualmente a la humanidad; cada conflagración es más trágica que la anterior y todo nos indica que marchamos hacia el abismo. Sin embargo, del fondo de la desesperación brota siempre la esperanza y en medio de esta gran catástrofe nos asimos instintivamente a la creencia consoladora de que después de ella surgirá un mundo mejor. Pero es conveniente que dediquemos algunos instantes a reflexionar si es ello posible.

La solución a la actual crisis sólo puede venir o de un regreso a las normas de la cultura cristiana o del resurgimiento de una nueva cultura universal.

Al principio de este estudio vimos que el Cristianismo colmó un anhelo fundamental de la naturaleza humana: el deseo insaciable de inmortalidad, y que la solución por él aportada es la única que sosiega y satisface cabalmente el ánimo del hombre. Además, esta Religión encauzó los sentimientos humanos hacia el amor a Dios y logró vencer así las fuerzas del egoísmo individual. Después de veinte siglos durante los cuales el hombre ha vivido dentro de este espíritu, descansando en esta creencia, padecido de la sed del absoluto que despertó y que nada, salvo él, puede saciar, será posible que se resigne a abandonarlo para buscar otras normas que no convienen a su naturaleza? Creemos que no. Una sociedad descristianizada es peor que la que nunca ha conocido el cristianismo. "Todas las enfermedades de que actualmente padece el Occidente, declara el insigne dramaturgo Leo Ferrero, son los subproductos morbosos del cristianismo". Por este motivo no nos parece que sea posible la implantación de otra cultura que cambie el lugar del hombre en la naturaleza, que, de eterno, como hasta ahora se ha considerado, lo haga aparecer episódico y fugaz.

Por otra parte no se ve de dónde puede surgir esa cultura. Todos los movimientos culturales que registra la historia de la humanidad han tenido una religión como núcleo germinativo, se han agrupado en torno de grandes capitanes religiosos: Moisés, Sakia pos, ésta quiso ir más lejos de donde le correspondía, pretendió sub-Muni, Mahoma. Cuál fuerza espiritual ha brotado últimamente capaz de vencer al Cristianismo, de relegarlo al pasado, de suplantar-

lo como orientador y guía de la actividad del hombre? De modo que la única salvación posible está en el regreso al espíritu cristiano, en la nueva sujeción a sus normas.

Pero, si este regreso se produjere, podrá esta Religión seguir engendrando cultura, estará agotada, como algunos lo consideran, para generar nuevas creaciones del espíritu? Hasta ahora ella no ha presentado ningún síntoma de fatiga. Ya hemos visto que los males que nos aquejan no tienen en manera alguna su fuente en una presunta decadencia de la cultura cristiana si no más bien en el abandono de ella, en la ausencia de la acción de sus normas directoras sobre la humanidad. Por otra parte el Cristianismo ofrece remedios admirables para la actual crisis: la reforma de las costumbres, el bálsamo de la caridad para sanar las heridas abiertas por el odio, el reinado de la Justicia que trae como consecuencia necesaria el mantenimiento de la paz entre los hombres.

Como el doctor López de Mesa hace algunas objeciones en contra de la eficacia de esta cultura, es necesario que entremos a considerar siquiera sucintamente, las principales de ellas. Una de estas objeciones es el viejo argumento panteísta de que la existencia de un sér infinito hace imposible la existencia de cualquiera otro sér. Tal imposibilidad, según él, llevó a la teología de la cultura occidental a un callejón sin salida, o, para citar su frase favorita, a un "áporos" rumbo.

Sin embargo, la separación que esta teología establece entre Dios y el mundo es consecuencia lógica de sus principios. Ella concibe a Dios como infinito y a las cosas por El creadas como finitas; violaría el principio de no contradicción si afirmase que Dios y el mundo son una misma cosa, pues le estaría atribuyendo a un mismo sér propiedades contradictorias como son las de finito e infinito al mismo tiempo. Al considerar a Dios un Ser perfecto tiene que aislarlo de los individuos imperfectos so pena de violar el mismo principio. De esto podemos concluir que no existe tal callejón sin salida.

Arguye también el citado expositor en contra de esta cultura, que no alcanzó a definir a Dios. Este es un brote de la soberbia inaudita de la razón humana, la cual pretende abarcarlo todo, dominar por completo el campo del conocimiento, encerrar dentro de sus estrechos límites todo el universo existencial. El definir es función esencial de la inteligencia que trata siempre de delimitar, de dividir, de cortar a su amaño la realidad para sus elaboraciones posteriores. Esta operación tiene éxito cuando se aplica a la materia, a lo sólido, a lo muerto, pero la vida se niega a encerrarse dentro de los cuadros geométricos de la razón humana. Dios no encuadra dentro de esas categorías y por lo tanto no puede ser definido; El no reconoce límites porque es infinito.

Pero nosotros no necesitamos comprender a Dios para conocerle, para distinguirlo de lo que no es El. La razón debe rebajar sus pretensiones. No exigimos una comunicación directa con El, quien

puede seguir siendo el Deus absconditus, el Dios escondido para que lo descubra nuestra fe.

Objeta además el doctor López de Mesa que "insignes capitales de esa cultura que dijeron haber visto a Dios y comunicándose con El en un acto de presencia real, no nos transmitieron el prodigioso efecto de aquella entrevista, y así, ella quedó desarticulada del haber espiritual del hombre, como un hecho histórico, si histórico fue, esporádico e inútil". Exigirle a los místicos que expresen sus vivencias, los efectos de su intuición de Dios, por medio de operaciones intelectuales es insensatez mayor que pedirle a alguien que exprese discursivamente las impresiones que le causa la audición de una sinfonía. El intelectualismo ha querido llevar la demostración y el razonamiento hasta la esfera del conocimiento místico, olvidando que, como hemos repetido ya, la inteligencia tiene su campo de acción propio y no le es dado invadir terrenos extraños, como son los del Arte y de la Religión, y, en general, el mundo de los valores donde la intuición domina.

No se puede, pues, cancelar el valor demostrativo de la experiencia mística por el hecho de que no sea posible traducirla a términos intelectuales con ella incompatibles. La mística ha enriquecido el patrimonio de la humanidad; el Arte se ha beneficiado particularmente de ella, lo que puede apreciarse en la poesía de San Juan de la Cruz.

"Debemos oponer al intelectualismo religioso, dice Juan Hessen, el hecho de que la certeza que el hombre religioso posee respecto de Dios es de una índole completamente distinta de la que se obtiene mediante complicados razonamientos metafísicos. Si la fe religiosa en Dios reposa en semejantes bases, no poseería esa absoluta invencibilidad que tiene efectivamente en el hombre religioso. Nadie se ha dejado martirizar hasta hoy por una hipótesis metafísica, pero millones de hombres, dentro y fuera del cristianismo, han derramado la última gota de sangre por su fe en Dios".

Aun admitiendo, en gracia de discusión, que la totalidad de los conceptos filosóficos que el doctor López de Mesa enumera (ya que sería tarea larga estudiarlos detenidamente e incompatible con la brevedad de este estudio) hayan perdido su vigencia o transformado su prístina significación, ello no comprometería en modo alguno la supervivencia del núcleo de la cultura occidental que, como hemos sostenido, es la Religión cristiana. La Religión tiene su validez en sí misma, se apoya en la certeza del conocimiento religioso y no necesita apoyarse sobre otras bases distintas a las suyas: "Acaso puede la Religión, afirma Scheler, subjetivamente la de raíces más profundas entre todas las disposiciones y potencias del espíritu humano, asentarse sobre una base más firme que sobre sí misma, sobre su esencia?"

Ahora bien, ninguna cultura puede considerarse totalmente hecha en un momento dado sino que se va formando y modificando con el transcurso del tiempo. Para que una cultura se conserve idé-

tica a sí misma lo esencial es que el núcleo permanezca invariable. De donde tenemos que concluir que la suerte de la Cultura de Occidente depende exclusivamente de la subsistencia del Cristianismo.

El regreso a la Cultura Cristiana no implica una vuelta al orden medioeval, ya que no es posible remontar la corriente del pasado. El nuevo orden estaría construido en un plano superior al de aquél.

Será necesario que la razón vuelva a ocupar el puesto que le corresponde en el campo del conocimiento, que cada disciplina se mantenga dentro de su órbita, sin invadir la esfera de las demás, pero que los resultados obtenidos por cada una aprovechen a las otras y al conjunto de la Cultura; que trabajen todas en un plan armónico, sobre unos mismos principios fundamentales. Que la ciencia no olvide que es apenas una rama de la cultura humana, no la raíz de ella y que renuncie a su pretensión de explicar todos los problemas. Tal vez así será posible una síntesis de los conocimientos que aproveche los valiosos elementos proporcionados por el análisis extremado que hasta ahora se ha venido produciendo.

El Arte saldría del conflicto a que actualmente se halla abocado, dejaría de ser la expresión de un mundo convulsionado para enriquecerse de nuevo y contribuir con sus aportes al patrimonio de la humanidad. El Derecho, teniendo como auxiliar a la costumbre, no sería ilusorio.

Este regreso tal vez mercaría el nuevo auge de los pueblos latinos, tan idealistas, intuitivos y sintéticos y que marchan hoy a la zaga de los destinos del mundo y el de nuestra América, heredera de su espíritu.

Pero si tal regreso no se produjere y la humanidad, olvidando las tristes lecciones de la realidad actual, siguiere otros rumbos, atraída por el brillo equívoco de ciertos espejismos, tendrá sin duda que hacer frente más tarde a nuevas catástrofes superiores en magnitud e intensidad a la actual y quién sabe si podrá sortearlas con éxito.

Todo lo que somos culturalmente se le debemos al Cristianismo. Reconozcamos este hecho y de este modo contribuyamos a preparar un futuro renacimiento de la Cultura Cristiana.

Darío Múnera Arango.

Especial para "Universidad Católica Bolivariana")